



El resplandor y la sordidez

Para los que ya somos un poco mayores, los Pegaso ocupan un rincón flamante en el imaginario de la memoria. En la España gris y sórdida de los cincuenta, tiempo de silencios, de restricciones y de cartillas de racionamiento, emergieron de repente unos coches que en mi recuerdo eran largos, flamantes y poderosos. Una rareza, entre música de Congreso Eucarístico y desfiles militares. Los «bólidos» y los «aguas» eran coches de países ricos que no parecían al alcance de la miserable España de aquel entonces. Pero el régimen se había querido dar ese gusto. Como dice Francesc Torres, comisario de la exposición, el encuentro fortuito entre Suances –el ministro franquista– y Ricart –el diseñador catalán que había triunfado en Alfa Romeo y que huía de Italia una vez derrotado el fascismo– fue uno de los pocos momentos en que el régimen se aproximó a las vanguardias estéticas. Y probablemente sin saberlo. Como todo lo que no tiene ni razón ni motivo, la aventura se acabó pronto. Porque, de hecho, sólo las maneras surrealistas con las que nos sorprende este país a veces podían explicar una aventura tecnológica y artística que no cuadraba en absoluto con el estado paupérrimo del país. El régimen lo empezó, pero ni lo supo capitalizar ni lo supo continuar.

El olvido se abatió sobre este episodio, como sobre tantos otros momentos del franquismo. Los que tendrían que haberlo explicado prefirieron callar, porque el pasado no se remueve. Ha tenido que ser el CCCB el encargado de recuperar aquel episodio, sus protagonistas y su contexto. Once coches en el CCCB. No es un ejercicio de esteticismo. Es la crónica de un espejismo. Es una mirada sobre un tiempo dominado por el absurdo y la intransigencia, en el que, sin embargo, había gente capaz de imaginar unos ingenios de otro planeta y unos trabajadores que, mientras hacían aquellos coches, defendían su dignidad luchando contra un régimen que los oprimía. El esplendor de los coches restaurados en el vestíbulo no debe apagar los ecos de la ramplonería de la cultura oficial de la época ni debe borrar los tonos grises de la miseria social y espiritual. Los Pegaso fueron la excepción, la humillación de la ciudadanía, por un régimen fundamentalmente mediocre por norma.

Sin embargo, el poder de los coches en el imaginario colectivo es irresistible. Algo profundo, alguna pulsión erótica toca este artefacto que, situado en el cruce entre la velocidad, la propiedad y las fantasías de omnipotencia, consigue tener a tanta gente fascinada. También este aura del automóvil, uno de los pocos mitos que le quedan al hombre moderno, se hace sentir en la exposición. Probablemente fue también este poder de fascinación del coche el que atrajo a Francesc Torres y le llevó convencernos a nosotros mismos –al CCCB– del interés de reconstruir esta rara irrupción de belleza en el siniestro universo político y cultural del franquismo.